

Nicaragua, Irán

EL DILEMA DE ESTADOS UNIDOS

EDUARDO HARO TECLEN

LA coincidencia de las situaciones agudas en Irán y en Nicaragua, que tienen una considerable semejanza —la unión coyuntural de todas las fuerzas de la oposición, incluso con sus considerables diferencias interiores de clases sociales o de doctrinas religiosas o políticas, contra unas tiranías que han rebasado los límites de lo tolerable— sitúa ante el Presidente de los Estados Unidos, Jimmy Carter, el problema de su doble personalidad, su contradicción entre medios y fines. Por una parte, refuerza sus tesis kennedianas —y rooseveltianas— de que son menos peligrosos los países que se rigen por una democracia lo suficientemente controlada como para distribuir algo mejor la riqueza, dar la sensación de que las clases sociales son permeables y de que la dirección del país se deposita en la soberanía del pueblo, aunque todo ello tenga la finalidad de salvaguardar sus intereses imperiales y su necesidad imperiosa de explotación; prácticamente respalda su política mundial y especialmente americana y sureuropea en este sentido. Pero por otro, se ve abocado a una situación de urgencia que tiene que aconsejarle, como en sus anteriores precedentes, que sus anteriores precedentes en una larga línea —desde las intervenciones del siglo pasado en América hasta la del Vietnam, hace tan poco tiempo—, una intervención en favor de los regímenes amenazados que no han dejado de actuar ni un solo momento en beneficio de los Estados Unidos, y que representan algunas bases de su estabilidad en el mundo. Es una contradicción lógica, absolutamente normal, teniendo en cuenta que los dos métodos, el del **gran bastón**, según frase del primer Roosevelt a principios de siglo, y el de la "Alianza para el Progreso" —según Kennedy—, tienen la misma finalidad. El riesgo que se ve en Nicaragua, dice un periódico de Washington, es el de que se convierta en una segunda Cuba; y el del Irán es el que se convierta en una segunda Libia. Pero el problema de la intervención directa, que es el que más segu-

ridad podría dar en principio a la ansiedad de los Estados Unidos, es el de un segundo Vietnam. Si el tema de la segunda Cuba ha dominado la política americana desde el advenimiento de Fidel Castro y los sucesivos fracasos de las ofensivas de toda clase lanzadas contra la isla, el del segundo Vietnam ha preocupado desde la serie de grandes desgracias nacionales que produjo la intervención en la península Indochina. Podría decirse que la cuestión de Cuba provocó el exceso de intervencionismo mundial directo que dirigió la política de Estados Unidos durante el gobierno de sucesivos Presidentes —con la breve excepción de Kennedy,

que por ello sin duda fue asesinado— y la cuestión del Vietnam ha producido este relajo imperial, esta campaña de los derechos humanos aplicada un poco confusamente y esta serie de democracias controladas. Las dos tendencias se encuentran ahora en plena colisión. Es evidente que ni el Presidente, ni el Congreso ni la sociedad de Estados Unidos están dispuestos a soportar el envío de un cuerpo expedicionario a los países conflictivos, con todo el riesgo de derrota que puede tener, y con el rotundo cambio de imagen que tan laboriosamente ha costado fabricar. Y que Carter iba consiguiendo. La aceptación de los Estados Unidos en el mundo,

y sobre todo en Europa, es en estos momentos infinitamente superior a la que tenía durante la guerra del Vietnam. Y este tipo de aceptación no es gratuita, no es solamente una cuestión de simpatía o antipatía, que eso finalmente importa poco a los Gobiernos imperiales, sino que es rentable. La penetración de Estados Unidos se encuentra cada vez con menos resistencia, tanto desde el punto de vista estratégico como desde el económico. Todo un enorme tinglado se vendría abajo si las ciudades del mundo comenzaran de nuevo a quemar edificios americanos y si salieran a las calles de las grandes capitales manifestaciones con pancartas pidiendo la exclusión de los Estados Unidos de los países donde interviniese. Lo cual, a su vez, redundaría en favor de la Unión Soviética a la que Washington está tratando de aislar cada vez más, de presentarla como la perversa de este drama universal.

El intento de Carter es el de reforzar en cierta forma a los tiranos, pero obligándoles a ser menos tiranos. Ya trató de que en Nicaragua Somoza saliera del país cediendo al Gobierno a un primo suyo; probablemente la maniobra estaba muy adelantada, y la solicitud de "permiso" de Somoza para que el Parlamento le permitiera alejarse del país durante tres meses —un mero trámite para dar aspecto de legalidad al cambio y para no perder la cara— hubiera salido adelante de no ser demasiado tarde: el frente de la oposición había ya pasado el punto de las negociaciones y se negaba a admitir un somocismo sin guerra civil.

Las llamadas telefónicas personales de Carter al Sha del Irán, de las que públicamente se conocen dos, una hecha antes de recluírse en Camp David, otra desde Camp David mismo, parecen tener este contenido: prometer al Sha ayuda suficiente para sus apuros, pero insistirle en que no debe abandonar la liberalización del régimen. La realidad es que no la había emprendido más que de una manera aparente. El Sha teme en estos momentos que una posi-



Miembros del ejército de liberación sandinista en la ciudad nicaragüense de Estelí.



El Sha, acostumbrado a una forma especial de la política, nunca ha creído que las proclamaciones de los derechos del hombre iban más allá de lo que requiere un buen discurso. En la foto: opositores al Gobierno persa manifiestan su ira tras la reciente matanza de civiles.

ción de blandura se interpreta-se como una concesión, y diera más fuerza a los sublevados. Podrían no conformarse ya con un Gobierno de mayor carácter democrático y con unas elecciones generales que formarían una Asamblea Nacional realmente representativa; podrían querer el mismo trono, proclamar una república islámica, buscar una especie de socialismo coránico. Podrían, en todo caso, perturbar las fuentes de riqueza de la clase dominante. Carter habrá recordado al Sha sus conversaciones en enero pasado en las que le prometió públicamente toda clase de ayuda, conviniendo en que el Sha compartía la misma opinión que Carter sobre los derechos humanos. Podrían ser suficientes para justificar el envío de armas norteamericanas al Irán —por valor de 8.000 millones de dólares en los cinco años pasados—, pero iban más allá. Probablemente el Sha, acostumbrado a una forma especial de la política, nunca ha creído que las proclamaciones de los derechos del hombre y de las formas democráticas de gobierno iban más allá de lo que requiere un buen discurso, un discurso coherente en estos tiempos. Estaba equivocado. Carter, la parte dominante actualmente de los Estados Unidos, desean realmente unas democracias estabilizadas en los

países de sus zonas de influencia. Lo cual no quiere decir, repitámoslo, que se trate de una ética, de una moral o de una filosofía política, sino simplemente de un método y de un sistema de seguridad. Es decir, que hay que entrar realmente en ese método para que tenga alguna eficacia. El Sha no lo entendió, o no lo quiso entender o, simplemente, despreció la advertencia, y creyó siempre que en un momento en que la gravedad llegara a un extremo, tendría la ayuda de todos los que le necesitan. La está teniendo. Ya se sabe que no es sólo Carter quien telefonó al Sha desde Camp David, sino también y desde el mismo sitio, el Presidente Anuar el Sadat, y Menahem Begin. Ya se ve que las agencias y los periódicos chinos reproducen los comunicados oficiales del Gobierno iraní culpando a los "elementos extranjeros" y a las "conjuras exteriores" de cuanto está pasando. En realidad, el Sha en el Irán y Somoza en Nicaragua pueden reprimir con toda dureza sus revoluciones, que no van a encontrar demasiada hostilidad ni demasiadas acusaciones de violaciones de los derechos del hombre en los países que les circundan y que les son necesarios. Lo único que tienen que hacer es, si pueden, sofocar la rebelión.

Pero no es seguro que puedan. Por lo menos, no es seguro de que los elementos que ahora aplastan, si es que llegan a aplastarlos, queden definitivamente barridos. Y, en cambio, lo seguro es que los Estados Unidos no les van a perdonar esa obstinación en la dictadura.

Podría suceder, en cambio, que otras dictaduras condenadas ya por los Estados Unidos, como lo es muy concretamente la de Pinochet, en Chile, se vieran obligadas a ceder antes de lo que calculan: que las presiones de Washington en el sentido de la democratización controlada se hagan más urgentes y más duras, para evitar que se produzcan nuevas contradicciones de esta especie.

El problema, sin embargo, va mucho más allá. El problema está en que las soluciones ficticias o moderadas no son soluciones en países que arrastran una auténtica miseria. Pueden serlo en países europeos, aunque pobres, pero sin una amplitud de miseria, sin un peligro de revolución desde abajo. En Asia o en América o en África no valen, finalmente, más que como un entretenimiento, como una apertura a la esperanza que, finalmente, se verá defraudada. Por una razón tan elemental como sabida: son los países cuya miseria sostiene la riqueza, en sus distintas grada-

ciones, de todos los demás. Por muchos simposios y muchos estudios internacionales, teñidos de tecnicismo económico, científico o industrial, y con un humanismo de cobertura, la pura realidad es que la organización piramidal del mundo, en forma de clases sociales generales, está lejos de poder ser alterada. El relativo bienestar de Europa, aunque está soportando una crisis, está basado en la explotación de otros y, al mismo tiempo, en un tubo conductor para alimentar las inmensas fauces de los Estados Unidos, que a su vez no pueden someterse a una redistribución de su riqueza. Somos los explotadores de unos, al mismo tiempo que somos los explotados de otros.

No están cerca de la solución los países de la base. Por el contrario, están atravesando uno de los peores momentos de su existencia histórica. La quiebra de las doctrinas internacionalistas que formaban su esperanza, la insolidaridad internacional, la incompreensión de las clases trabajadoras del mundo, la conversión en fuertemente nacionalistas de los regímenes de la URSS y de China —lo cual no ha sido realizado solamente por el fallo de sus ideologías, sino como consecuencia de una serie de presiones y amenazas fuertes desde el exterior— les han dejado desamparados. ■